

MONTAIGNE NO HACE PIE

Académico Santiago Kovadloff

I

1533, 1592: cincuenta y nueve años entre su nacimiento y su muerte. ¿Qué relación guarda la vida de Miguel de Montaigne con los hechos relevantes de su siglo? ¿Alguna? ¿Ninguna? Ambas a la vez. Montaigne fue y no fue un hombre de su tiempo.

Al igual que otros notables de entonces, Montaigne supo aventurarse en lo desconocido, adentrarse en la *terra incognita* de la subjetividad que afloraba a medida que la Edad Moderna dejaba atrás el Medioevo.

En tal sentido, Montaigne fue un Colón, un Cortés, un Magallanes, por no decir un Copérnico de la interioridad. El nuevo mundo que nos abrió fue el de la primera persona del singular.

Las emociones íntimas y las ideas propias encontraron en él su palabra inaugural en prosa. Con Montaigne se produjo la incorporación de una voz francesa al coro de voces superlativas que en el orden literario ya integraban España, Portugal e Italia, mientras Inglaterra lo haría poco después.

Las mismas razones que permiten explicar porqué la palabra de Montaigne llegó a ser primordial entre las de su siglo, son las que explican a qué se debe la tenacidad con que fue apedreado desde el bastión de los prejuicios de su época.

Donde ardían las hogueras del fanatismo religioso, él se atrevió a proponer la tolerancia; donde el poder dirimía las disidencias a puñaladas, Montaigne recomendó atenerse a la búsqueda de consensos. Despreció los maniqueísmos y valoró los matices del pensamiento. Optó, en el trato con los hijos, por la persuasión, lejos del empleo de la fuerza y la frialdad tan usuales en su medio.

La libertad de conciencia fue en Montaigne proverbial; tan alta y honda que resultó escandalosa y hasta hiriente para muchos por la radicalidad con que, al escribir, se desentendía de los convencionalismos.

A ese tiempo de intensas transiciones que fue el de Montaigne, pertenecieron autores tan decisivos como él: Rabelais, que apenas lo precedió y publicó su *Pantagruel* el año de su nacimiento; sus coetáneos Cervantes y Shakespeare; Descartes, que irrumpió tras él y el español Francisco Suárez que en no poco se le pareció.

Fue su siglo el del “Acta de Supremacía” de Enrique VIII que dio nacimiento a la iglesia anglicana. El de la creación del Virreinato de Nueva España, el de la fundación de Lima y la introducción de la imprenta en América. Calvino publicó por entonces las bases de su doctrina. Pedro de Mendoza fundó una efímera Buenos Aires. Ignacio de Loyola, la orden de los jesuitas. Mientras Pablo III declaraba la igualdad cristiana de los indios, Valdivia alzaba las primeras chozas de Santiago de Chile. Miguel Ángel, a su vez, lograba “El juicio final” y los portugueses alcanzaban el Japón. Un hombre del que solo sabemos que se apellidaba Fuchs escribió uno de los primeros tratados de botánica y, en esos años, Copérnico trastornó la astronomía para desvelo del dogma eclesiástico. Nació el Virreinato del Perú. La zoología abandonó el mito y se abrazó a la ciencia. El Concilio de Trento dio cuerpo a la doctrina que expresó la reacción católica ante el avance de sus disidentes y una sola noche, la de San Bartolomé, bastó para que en París se asesinara a treinta mil protestantes.

Montaigne, tras una lenta y penosa agonía, murió el 13 de septiembre de 1592.

II

Más y más intriga Montaigne a medida que nos familiarizamos con él. Cuanto mejor se lo conoce, mejor se lo desconoce. Por eso, la tentación de hablar sobre su vida no puede sino estar enlazada al deseo de hacerlo sobre sus *Ensayos*. Es así como

al menos un par de preguntas se imponen sobre lo que de él se llegó a saber y él evidentemente calla o disimula como si se empeñara en desviar nuestra atención de aquello hacia lo que él mismo la atrae con su sonoro silencio o sus veladas insinuaciones.

Por una parte eso que calla tiene que ver con su madre. Es notable la asimetría que sus páginas evidencian cuando se compara las que dedica a su padre, abiertamente venerado, con las esqueléticas y contadas referencias que hace a su madre. Son menciones incidentales, poco más que pálidas alusiones, subordinadas siempre a un propósito argumental que las convierte en digresiones antes que en tema central. Totalmente ausentes en el Libro III y no sumando más que cuatro entre el Libro I y el II.

Que un hombre de aquel siglo XVI despliegue sin vacilar sus reservas sobre las aptitudes intelectuales de las mujeres, por no hablar de otros órdenes tanto esenciales como prosaicos, es comprensible aunque hoy nos resulten lamentables y más tratándose de alguien como Montaigne. Pero sería erróneo no advertir que a su madre no la desmerece con lo mismo que dice de las restantes mujeres sino con lo que de ella oculta. Y no menos llamativo es su silencio cuando recae sobre Marie de Gournay, a quien Montaigne consideró su “hija de alianza”, o sea su discípula dilecta por no decir exclusiva y a quien se le debe la primera y muy cuidada edición póstuma de los *Ensayos*, prologada por ella con acierto y valentía y considerada hasta la fecha como la más acabada.

Pues bien: leámosla en ese prólogo a la edición de 1595 para acercarnos a lo que propongo. Ella evidencia lo que nosotros no podemos sino conjeturar y lo hace dejando entrever, en una penumbra no desprovista de sensualidad, las raíces de ese cauto e infranqueable silencio de Montaigne sobre Marie de Gournay. Tras asegurar que ella solo es alguien en la medida en que llegó a ser “hija de alianza” del escritor y a considerar su obra como un logro “celestial”, se refiere así a *madame* de Montaigne tras la muerte de su esposo: “Si Dios la ha destinado a la viudez más dolorosa, al menos le ha asignado, al mismo tiempo, el más honorable título que exista entre las

mujeres. Pues no hay dama de mérito y valor que no hubiera preferido tener al que fue su marido antes que tener a cualquier otro, sea quien fuere.” ¿Y qué duda puede haber de que Marie de Gournay se consideraba, sin exagerar, “dama de mérito y valor”?

Con la viuda de Montaigne, otro personaje desdibujado en los *Ensayos*, recién se conoció Marie de Gournay tras la muerte del escritor. No antes y en ocasión de la entrega que aquella le hizo de los originales con que la discípula organizó la edición de 1595. De modo que puede suponerse que de esa “hija de alianza” la viuda tenía conocimiento, ya proviniera éste del mismo Montaigne, ya de alguna infidencia llegada a sus oídos. Sea como fuere, para que Marie de Gournay se convirtiera en dilecta del gran Montaigne algún trato personal entre ellos no pudo sino haber habido y algo más también como lo indica la confesión recién transcrita de *mademoiselle* de Gournay.

En lo relativo a la madre de Montaigne, las sombras que enmascaran los hechos son más densas y extendidas. Y es esa opacidad precisamente la que, al contrastar con la luz que recae sobre la figura del padre, tanto llama la atención.

¿A qué se debe esa asimetría? ¿Qué es lo que Montaigne calla sobre la mujer que lo trajo al mundo?

Cuenta Stephan Zweig en su inconcluso estudio sobre él: “Mientras en el transcurso de tres generaciones, desde Ramón Eyquem hasta Pierre, pasando por Grimon, la familia paterna sigue su curso ascendente, la familia materna de Michel de Montaigne corona su ascensión al mismo ritmo, con el mismo tesón, alcance de miras y probidad. Cuando el *sieur* Pierre de Montaigne, padre de Michel, toma por esposa a los treinta y seis años, a una tal *demoiselle* Antoinette de Louppes de Villeneuve, a primera vista parece que la vieja nobleza se une a la vieja nobleza.

“Pero, si volvemos las páginas de los pergaminos más antiguos y de las notas de archivo sobre este contrato matrimonial al parecer tan espléndido, descubrimos que el abolengo de los Louppes de Villeneuve es tan poco rancio como el de los Montaigne y, para utilizar las palabras de Casanova, fue sacado del alfabeto con la misma arbitrariedad que el de los Eyquem. Casi al mismo tiempo en que el

comerciante de pescado Ramón Eyquem (aproximadamente) un siglo antes del nacimiento de Montaigne, se afana por dar los primeros pasos y salir del mundo burgués, socialmente menospreciado y entrar en el de los caballeros, un rico judío español, Moshé Paçagon, da en Zaragoza el mismo paso para separarse de un gremio proscrito y mal visto, haciéndose bautizar. Preocupado al igual que los Eyquem por encubrir su origen en las personas de sus hijos y demás descendientes, se provee de un nombre español de hidalga resonancia para sustituir el original judío, haciéndose llamar después del bautizo García López de Villanueva.

“De esta manera, su gran y ramificada familia sobrevive al habitual destino de los judíos durante los años de la Inquisición española. Una parte de la familia se establece en Amberes y se convierte al protestantismo; otra, de línea católica, se hace llamar Louppes de Villeneuve. Entre los Villeneuve y los Montaigne, mejor dicho entre los Eyquem y los Paçagon se efectuaba toda clase de negocios. El último de ellos y el más exitoso para el mundo, es el matrimonio, el 15 de enero de 1528, de Pierre Eyquem con Antoinette de Louppes, que aporta una dote de mil escudos de oro.

“A esta madre de sangre judía, con la que Montaigne convive más de medio siglo y que incluso sobrevive a su célebre hijo, este no le dedica sino unas pocas palabras en sus escritos (...) Y esta ausencia se ha interpretado a menudo en el sentido de que él (...) había querido encubrir u ocultar su propio origen judío al no referirse a su madre como acaso se lo merecía.”

III

En un libro encantador al que tituló *Montaigne a caballo*, Jean Lacouture se pregunta: “¿Por qué este latinista de nacimiento y de gusto eligió escribir en francés, lengua vulgar en su época?” El mismo Montaigne esbozó una explicación: “Escribo mi libro para pocos hombres y para pocos años. Si hubiera tratado de asuntos de los que duran y persisten, habría sido preciso emplear en ello un lenguaje más firme.”

Montaigne no escribió en latín porque se propuso privilegiar en sus escritos un trato familiar con sus lectores, librado de toda solemnidad y volcado por entero a cuestiones que estimaba sin relieve público, tarea para la cual no solo le bastaba el francés sino que lo estimaba ideal para lo que se proponía y que, de resultarle escaso, compensaría echando mano, según nos dice, del dialecto gascón.

De modo que nada lo detuvo y así lo asienta en el capítulo VIII del Tomo II editado en Burdeos, junto con el primero, en 1580. Bajo el título “*Del arte de platicar*” da rienda suelta a su convicción esencial: “Yo me atrevo no solamente a hablar de mí mismo, sino a hablar de mí mismo solamente; me extravió cuando hablo de otra cosa, apartándome de mi asunto. No me sobrestimo por manera tan indiscreta, ni estoy tan atado y mezclado a mí mismo que no pueda distinguirme y considerarme a un lado como a un vecino o como a un árbol; lo mismo se incurre en defecto no viendo hasta dónde se vale, que diciendo más de lo que se ve. Mayor amor debemos a Dios que a nosotros mismos y le conocemos menos, a pesar de lo cual hablamos de él a nuestro gusto.”

Retratándose sin caer en lo complaciente, meditando páginas clásicas sin pretenderse crítico literario, plasmando en párrafos memorables sus preferencias éticas o culinarias, desplegando una formidable erudición sin perder frescura ni ejercer magisterio alguno o presumirse filósofo, Montaigne tampoco adjudica a sus reflexiones sobre religión consistencia teológica. Como quien dice poca cosa o solo cuenta una ocurrencia, se inclina por designar lo que escribe con la palabra “ensayo”. Sin embargo, a ningún lector atento se le escapa la evidencia de que no queriendo hacer sino lo que hace y seguro de que su prosa es tersa y melodiosa como pocas, se reconoce escritor sin dudarle e infunde a la conjetura y a su libre discurrir un vigor expresivo que nadie hasta entonces había logrado. Por lo demás, la repercusión que ganó con las reediciones sucesivas de sus *Ensayos* fue convirtiéndolo póstumamente en un autor insoslayable y un artista sin igual en la exposición de ideas

De ella justamente Graciela Isnardi, traductora excepcional de Marcel Proust, nos ha brindado, una impecable versión al castellano prologada y anotada por ella y editada entre nosotros por Losada.

Va a seguir una certera semblanza de Montaigne realizada por Isnardi en su introducción: “A lo largo de los ciento siete capítulos del libro, se muestra escéptico, racionalista, a veces estoico y a veces enemigo acérrimo de la crueldad en todas sus formas, incluso hacia los animales; sensual, monárquico, religioso, poco inclinado hacia las manifestaciones de afecto entre padres e hijos, aunque al mismo tiempo apólogo de la figura de su padre; confiesa ser un poeta mediocre, exalta la figura de su amigo Étienne de La Boétie y sostiene la supremacía de la amistad sobre los demás sentimientos; censura el amor por las novedades al mismo tiempo que produce la obra más original de la lengua francesa; fue alcalde de su ciudad, magistrado compasivo, gran jinete, gran lector, gran viajero.” Y, agrego yo, guerrero decidido, cuando no hubo más remedio que armarse en defensa de su Rey.

IV

En su “Prefacio a la edición de 1595 de los *Ensayos* de Michel, Señor de Montaigne”, Marie de Gournay enfrenta resueltamente a quienes subestimaron a su maestro. Con acierto, señala muchos de los rasgos que le concedían originalidad y ese encanto superlativo al narrar del que se confiesa devota. Con igual intensidad subraya que muy pocos en su tiempo estaban en condiciones de ponderarlos debidamente.

Una tras otra enumera Marie de Gournay las acusaciones que cosechó Montaigne y las va desbaratando para reivindicar los *Ensayos*, según su propia expresión, como “obra celestial”. “Los dioses y las diosas dieron la lengua de este libro y ahora han tomado la suya de él.”

Y con auténtico poder predictivo sentencia esta mujer infrecuente en su siglo: “(Esta obra) es el clavo que fijará la volubilidad de nuestro idioma, hasta aquí

continua; su crédito se elevará hasta el cielo día tras día, impidiendo que de vez en cuando parezca anticuado lo que hoy decimos, puesto que se seguirá diciéndolo y haciendo que se lo juzgue bueno porque será el suyo.”

No fue sin embargo lineal ese ascenso de Montaigne en la estima pública ni en la historia de la literatura donde se lo consagró finalmente. Con posterioridad al suyo, en el siglo XVII y según Peter Burke, en Inglaterra el término ensayo “tuvo una acogida calurosa” entre los escritores de ideas. Y bien prueba hasta dónde llegó su obra la incidencia que alcanzó en Francis Bacon y William Cornwallis. “La traducción de Montaigne al inglés fue inicialmente emprendida, no sin cierta discutible libertad, por Florio en 1603.” Es probable que Shakespeare lo leyera en esa versión y que *La Tempestad* tenga algo que ver con el ensayo acerca de los caníbales.” Y no falta además quien se aventure a asegurar que fue a Montaigne a quien Hamlet leía antes de su memorable reencuentro con Ofelia.

Pero a finales del siglo XVII hubo una reacción en contra de Montaigne. Sobre todo en Francia. La celebridad lograda por Descartes contribuyó a desacreditarlo. “En cierto sentido, nos dice Burke, Descartes era un escéptico en la tradición de Montaigne pues comenzó por dudar de todo; pero terminó de un modo muy distinto con su representación del universo como una inmensa maquinaria. De modo que a medida que las ideas de Descartes fueron ganando terreno, lo fueron perdiendo las de Montaigne. Incluso su modo de proceder como expositor – el ensayo tal como él lo concebía –, suscitó desacuerdos y rechazos que se afianzaron en el siglo XVII allí donde se estimó que el punto de vista personal vulneraba la consistencia de lo dicho y que la lógica narrativa debía liberarse de él para ganar poder de persuasión. A este criterio y en Francia se atuvo Jacques Lignel Bossuet quien hacia los años de 1660 predicó en contra suyo con un vigor solo comparable al de Blaise Pascal. Este lo repudió en sus *Pensées* a causa, dice, del “estúpido proyecto” de retratarse a sí mismo, así como por sus “actitudes completamente paganas hacia la muerte” y lo mismo creyó y escribió en su contra Nicolás Malebranche, filósofo influido por Descartes y teólogo católico.

La reacción a favor del ensayo y su creador sobrevino en el siglo XVIII. El estilo coloquial recuperó vigencia en desmedro del agobiante formalismo en que lo ahogó el siglo de Luis XIV. A la prosa de François Marie Alouet, bien conocido como Voltaire y la de Jean Jacques Rousseau hay que sumar las de Denis Diderot en Francia, la espléndida de David Hume en Inglaterra y la tan envolvente del español Benito Jerónimo Feijóo.

En el siglo XIX, el ensayista inglés William Hazlitt dijo de Montaigne lo esencial: “Fue el primero que tuvo el valor de decir, como escritor, lo que sentía como hombre.” Mariano José de Larra y Domingo Faustino Sarmiento supieron ser en nuestro idioma discípulos excepcionales de la enseñanza de Montaigne. Y Federico Nietzsche no se ahorró elogios hacia él. Admiraba “su relativismo cultural” y su “valeroso y alegre escepticismo”.

El siglo XX, si bien en el ámbito académico se propendió a homologar el ensayo a la monografía, supo también preservarlo mediante cultores inspirados que restauraron su forma y su sentido. Entre los últimos de la centuria pasada, el rumano Émile Cioran en francés y George Steiner en inglés. Entre los primeros y también en francés, Albert Camus, así como en castellano un argentino y un dominicano: Ezequiel Martínez Estrada y Pedro Henríquez Ureña.

V

Escuchemos a Montaigne. Los versos iniciales de Walt Whitman en su poema memorable podrían valer como epígrafe de toda su obra: “Yo me celebro y me canto a mí mismo.” Y quien bien haya leído al norteamericano mejor comprenderá al francés e incluso lo entenderá a Montaigne, en no pocos aspectos, como su predecesor.

Ni en uno ni en otro esa celebración implica autocomplacencia. Sí, descripción acabada e indagación simultánea tanto del cuerpo como del espíritu. Los *Ensayos* son,

en suma y como ya dije, obra de un explorador solitario lanzado al abordaje reflexivo de ese universo condensado en la palabra “yo”.

Montaigne no pretende adueñarse de la verdad. Solo exponer criterios y opiniones que conforman sus convicciones, sus preferencias, sus valores y disvalores, como quien lleva a cabo un relevamiento de los accidentes costeros que le salen al paso de su nave en aguas hasta entonces insospechadas. Así traza Montaigne los contornos y particularidades de ese territorio que lleva su nombre. No hay sinuosidad de su carácter que escape a su atención ni paisaje de su predilección que no lo convoque a escribir, ni cercanía o lejanía de sus recuerdos en los que, al ponderarlos, luminosos o en la bruma, no sepan inducirlo a discernir algo que cautive su interés más vivo.

En el *Libro I* nos asegura que lo suyo “Es materia de opinión, no materia de fe”. En la página en la que se dirige a su lector eventual (y en traducción castellana editada en 1898 y firmada por Constantino Román y Salamero), le previene que él no persigue “ningún fin trascendental, sino solo privado y familiar” ni tampoco prestarle a quien se acerque a sus páginas “ningún servicio”. Le aclara asimismo que solo quiere mostrarse en su “manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque soy yo mismo a quien pinto. Mis defectos se reflejarán a lo vivo: mis imperfecciones y mi manera de ser ingenua, en tanto que la reverencia pública lo consienta. Si hubiera yo pertenecido a esas naciones que se dice que viven todavía bajo la dulce libertad de las primitivas leyes de la naturaleza, te aseguro que me hubiese pintado bien de mi agrado de cuerpo entero y completamente desnudo. Así, lector, sabe que yo mismo soy el contenido de mi libro, lo cual no es razón para que emplees tu vagar en un asunto tan frívolo y tan baladí. Adiós, pues.”

Más no puede decirnos Montaigne sobre lo que le importa narrar. ¿Ahora bien, qué lo impulsa a escribir? ¿Por qué no le basta la íntima meditación y se siente llevado a anotar todo y trabajar incansablemente para infundirle aliento a su prosa y darla a publicidad? Él nos brinda la respuesta en el capítulo VIII del *Libro II*: “Una disposición de espíritu melancólica, enemiga por consiguiente de mi natural

compleción, producida por las tristezas de la soledad en que voluntariamente vivo sumido hace algunos años, engendró en mi ánimo este capricho de escribir. Como quiera que me encontrase además enteramente desprovisto y vacío de toda otra materia, decidí presentarme a mí mismo como asunto y argumento de mi obra. Es el único libro de su especie que existe en el mundo en cuanto a haber sido escrito con un designio tan singular y extravagante, y en el que no hay nada digno de ser notado aparte de esas circunstancias anormales.”

Y donde su valoración de la aptitud expresiva se pone de relieve es en la semblanza que traza de la relación que guardan fondo y forma. En el *Libro III*, capítulo VIII, lo formula así: “La tendencia mía es considerar igualmente la forma que la sustancia, lo mismo al abogado que a la causa, como Alcibíades ordenaba que se hiciera; y todos los días me distraigo en leer diversos autores sin percatarme de su ciencia, buscando en ellos exclusivamente su manera, no el asunto de que tratan. (...) al alcance de todos está el decir verdad, más el enunciarla ordenada, prudente y suficientemente pocos pueden hacerlo.”

Montaigne no solo no aspira como Francisco Sánchez, su coetáneo hispano, a probar mediante un ejercicio incomparable de contundencia lógica “que nada se sabe”, pulverizando la pretendida idoneidad de un racionalismo por entonces incipiente pero que tanto habría de prosperar en manos de Descartes. Él quiere, en cambio y ante todo, darse a ver como una sensibilidad afectada por esa ruina de lo inequívoco. Y aspira a hacerlo de tal modo que su talento de escritor subordine su escepticismo a la hospitalidad y al encanto de una voz que se hace oír en lo que tiene de más personal y que compensa con ello la intemperie que en tantos órdenes siembran sus ideas.

VI

Montaigne no fue el primer escritor que empleó el francés pero sí el primero que recurrió a él para dar a conocer la sensibilidad de su pensamiento sin valerse para

ello de la ficción.

Y algo más había de novedoso en lo suyo que él se empeña en consignar también como un demérito y que lo lleva a decir que su libro sería un seguro fiasco editorial: el tono conjetural en que da vida a sus propuestas. Lejos del enunciado apodíptico, decididamente más polifacética que una opinión empeñada en presentarse como certera, la conjetura despliega un parecer sin terminar de identificarse con ninguna suficiencia y optando antes por lo hipotético que por lo presuntamente comprobado y valiéndose de formulaciones que si bien no se quieren contradictorias, no eluden su colisión ni terminan de afianzarse en el terreno de lo enteramente aclarado. Ensayos, en suma, como quien dice búsqueda y tanteo, discernimiento en escorzo, esfuerzo de aproximación a realidades que se muestran esquivas cada vez que se las quiere atrapar en un concepto o clausurar en una fórmula.

Asimismo, al caracterizarse como escritor nos ofrece algunos de los rasgos distintivos de la índole del lector al que se dirige. Dice de él que no escribe como tratadista: “Yo me comunico como Miguel de Montaigne, no como poeta, gramático o jurisconsulto.” Va en busca de un lector inespecífico, sin investidura; de un lector que no lee como experto a especialistas. No va en busca de nadie que quiera enaltecer su nombre con cargos, títulos o rangos profesionales. Montaigne escribe para *uno cualquiera*. Uno cualquiera es ése que habla francés con todos y a diario y privilegia el sabor de la vida cotidiana sobre cualquier otro.

En suma: ¿qué dice Montaigne de nuevo? De nuevo Montaigne dice *yo*. Atendamos a lo que asegura en la pieza que tituló “*Del arrepentimiento*”: “Yo no enseño ni adoctrino, lo que hago es relatar.” Y luego lo decisivo: “Yo no pinto el ser, pinto el pasaje”, o sea la transición, el tránsito, la condición gerundial del ser, su *siendo*. Eso que tanto desveló a Heráclito y Platón. ¿Pero cómo retratar el movimiento; cómo inscribir el cambio que no cesa en las palabras? ¿Recuerdan ustedes el momento que precede al epílogo de “El Aleph”? Borges se apresta en ese cuento a enunciar lo que le ha brindado esa “pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor.”

Entonces dice: “Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré sucesivo, porque el lenguaje lo es. Algo, sin embargo, recogeré.”

Algo en lo suyo también recogió Montaigne. Algo de ese tránsito que no cesa y cuya estela se convierte en residual en el lenguaje. En resplandor de una forma evanescente que por obra del talento hace mella en el decir.

El enunciado conjetural será para Montaigne su modalidad: “Si mi alma pudiera hacer pie, declara, no ensayaría.” ¿Y ensayar qué es sino cederle la palabra a la propia y oscilante singularidad? Y no por desdén hacia lo universal sino porque “cada hombre lleva en sí la forma de la humana condición” y solo así, para él, lo universal gana vida.

Montaigne se atiene a su experiencia y en ella, nos asegura, nada le brinda un semblante inamovible. Ser y saber colisionan en él. Y lo no contradictorio despierta sus reservas. Consecuente con esa renuncia a los espejismos que impone la lógica, se deja llevar por su libre asociación en el tratamiento de todos sus temas: “Las fantasías de la música están dirigidas por el arte, las mías por el azar.” Pero el azar que Montaigne nos propone como hilo conductor de su ensayística no es el capricho ni la anarquía que solo arrastrarían al lector a la oscuridad. El azar en Montaigne implica un libre discurrir, sujeto a leyes de composición inéditas hasta él y cuyo rasgo distintivo es un decir poco menos que en escorzo, un roce, una alusión donde la elocuencia del silencio es tan rica como la de lo explícito.

Montaigne está muy lejos de todo discurso metódico. No quiere probar nada. Las verdades presuntamente universales derivadas de premisas lógicas lo tienen sin cuidado. O mejor aún: lo que estima inútil es pretender acercarse a ellas por una vía demostrativa. Prefiere el testimonio como modalidad de acceso a un asunto, lo decididamente personal. Opinar es lo suyo. Es así como da vida a una retórica de la conjetura. Hablará de sí mismo y solo de sí mismo. Pero asegura, como vimos, que “cada hombre lleva en sí la forma de la humana condición.” Pintarse a uno mismo como logra hacerlo Montaigne equivaldrá finalmente a pintar al Hombre. A ese *nosotros* que solo se hace evidente si se dice *yo*; ese *yo* cuya singularidad, en lo

esencial, hace patente la de todos como incesante “pasaje”. Un *siendo* que no conoce reposo ni más desenlace que el de la muerte.

El reverso de “ensayarse” es resolverse. Lo otro del ensayo es el estreno. La obra consumada. La puesta en escena de lo cabalmente constituido. Hasta allí no llega Montaigne y, a la vez, lo suyo no deja de ser una obra maestra. Completud e incompletud a un tiempo.

“Si mi alma pudiera hacer pie, no me ensayaría, me resolvería.” – vuelve a decirnos. Aquí lo tenemos. Este es Montaigne: un hombre irresuelto. Y con su palabra, que fue la de esa irresolución, aspiró a infundir a la Modernidad una prudencia y un tacto en el trato con las ambiciones del racionalismo que ella tardaría en aprender y que habrá que preguntarse, siempre de nuevo, si finalmente aprendió.

